

Tiempo de Silencio

Manuel Campa

En general, la gente suele ser muy benévola con cualquier análisis de una situación que incluya predicciones sobre el porvenir. Estamos acostumbrados a que incluso los pensadores más eminentes se equivoquen cuando hacen cábalas sobre el futuro. En el fondo, todo el mundo acepta, con el judío-español de Amsterdam, que la realidad es infinitamente rica en atributos, de los que nosotros sólo alcanzamos a percibir unos pocos. Lo mismo da que se trate del desarrollo del marxismo real, que del devenir de España, que del futuro del rock: lo normal es que la mayoría de los mejores analistas se equivoquen. Afortunadamente, no siempre ocurre así. Para describir los cuarenta años de la última dictadura española, una de las imágenes más afortunadas es el título de la famosa novela de Martín Santos: "Tiempo de Silencio." Pero mucho antes de la publicación, en 1962, de la narración de Luis Martín Santos, ya había usado esa imagen Ortega y Gasset, con motivo de la muerte de Unamuno, en el día de nochevieja de 1936. En la noche del primer día de 1937, comunican a Ortega, desde las oficinas en París del periódico La Nación de Buenos Aires, la noticia del fallecimiento del Rector de Salamanca. El día cuatro aparece en el citado diario un artículo del pensador madrileño que finaliza así: "La voz de Unamuno sonaba sin parar en los ámbitos de España desde hace un cuarto de siglo. Al cesar para siempre, temo que padezca nuestro país una era de atroz silencio". Aquí está anunciado, con toda claridad, el tiempo de un silencio de cuarenta años.

La relación entre Unamuno y Ortega pasa por diferentes etapas. Hay una primera, de maestro a discípulo, que se trasluce en los comentarios que siguen a las cartas de dos jóvenes, Ortega y Antonio Machado, publicadas por Unamuno en "Almas de Jóvenes" (1904). Hasta 1909, la actitud de Ortega es amistosa, aunque discrepante con la actitud antieuropea que Unamuno adopta después de su crisis personal de creencias de 1897. Ortega ve con claridad, desde un principio, que el destino de España está en Europa frente al famoso "que inventen ellos" de Unamuno. En septiembre de 1909, Azorín comete la indiscreción de dar a la luz en el ABC una carta privada de Unamuno, donde éste se refiere a "los papanatas que están bajo la fascinación de esos europeos". "Yo soy plenamente, íntegramente, uno de esos papanatas –responde Ortega -: apenas si he escrito, desde que escribo para el público, una sola cuartilla en que no aparezca con agresividad simbólica la palabra: Europa". . . . "Don Miguel de Unamuno, energúmeno español, ha faltado a la verdad" .(El Imparcial, 27-9-1909). A partir de este incidente, los dos maestros del pensamiento español quedan enemistados, aunque todavía, en 1914, cuando el ministro Bergamín destituye a Unamuno como Rector de Salamanca, Ortega se suma al clamor universal contra el atropello del Gobierno, haciendo salir a Bergamín del Ministerio "como el corcho de una botella", según expresión del mismo Ortega. A partir de 1923 desaparece todo vínculo, ya que Unamuno ni siquiera contesta a la invitación de Ortega para que enviase colaboraciones a la Revista de Occidente. Poco antes de la catástrofe de 1936, Unamuno solía aparecer, sin previo aviso, por la tertulia de la Revista.

Ortega acertó, tanto al determinar como único destino válido para España la vinculación plena con Europa, como al vaticinar la unión de ésta. Con la salvedad de que pronosticó que Inglaterra se quedaría al margen de esa unión, lo que únicamente se cumplió en la etapa inicial de la Comunidad del Carbón y del Acero. Aunque no deja de ser significativo el alineamiento de la Gran Bretaña con USA, y no con Europa, en la última crisis de Iraq.

En el período de Entreguerras, cuando publica, entre otras obras, “La Rebelión de las Masas” (1930), tiene conciencia del desastre político que se avecina en Europa, como revela el análisis que hace de la gran paradoja que ofrece la cultura alemana, con su gran aptitud para la ciencia y su desastrosa incapacidad para la política. Durante muchos años, durante el “tiempo de silencio”, fue objeto de burla las referencias reiteradas que se hacen en “España Invertebrada” (1921) a los regionalismos, a los nacionalismos y a los separatismos. Se citaban los primeros capítulos de este libro como ejemplo de antigualla sin conexión alguna con el presente de aquellos años. ¿Qué decir ahora a quienes consideraban aquellos problemas ya superados? A quienes entonces se burlaban del planteamiento de Ortega, por hablar de la importancia de los nacionalismos dentro de España, cabe decir ahora: ¡Ahí la tienes: báilala!

Cuando Ortega escribe “La Deshumanización del Arte”(1925) y, sobre todo, al publicar su artículo “Musicalia”, fue objeto de una gran controversia. Ciertamente, hoy no se puede suscribir la frase con que comienza el famoso ensayo: “El público de los conciertos sigue aplaudiendo frenéticamente a Mendelsohn y continúa siseando a Debussy”. Indudablemente, el gran compositor francés es, hoy, un clásico universalmente aceptado por todos los públicos. Sin embargo, sigue siendo válida la segunda afirmación de “Musicalia”: “La nueva música –se refiere, sin duda, a la música académica- carece de popularidad.”. La música clásica contemporánea –como previó Ortega- se ha creado, en una buena parte, de espaldas al gran público. Y a partir de fenómenos como Schonberg y el serialismo, en música, o ejemplos como Kandinsky y el nacimiento del arte abstracto, resulta indudable que se produce una deshumanización del arte en una buena parte de la creación contemporánea.

Sin embargo, ninguna de las predicciones de Ortega –que emigró más allá de todo horizonte, como él mismo decía, hace medio siglo- quedó tan justamente expresada como la que escribió a comienzos de 1937, profetizando que esperaba a nuestro país “una era de atroz silencio”, un “Tiempo de Silencio”.